

La figura y Gustavo

Fer Nante

Image not found.

Capítulo 1

Tavo lo veía de reojo, pues quería disimular la curda y mucho más la locura si es que había regresado a su cabeza.

Allí estaba esa figura casi fantasmal, sentada sobre el borde de ladrillos que llegaba a la pileta, aparentando fumar haciendo nubes de humo sobre encima de los arbustos más altos. Cruzado de piernas, tranquilo, consciente que la noche era larga y el tiempo no tenía pulso.

Gustavo soportaba los golpes de Ricardo en su hombro. Un individuo que llamaba la atención a los gritos de las personas presentes con chistes del mal gusto. Al estar ausente en su circo, Tavo recibía topetones de aviso, de llamadas a tierra para que participe en la reunión. Lo cierto es que a él no lo interesaba en lo más mínimo. Era esa figura la que recibiría el premio al mejor jugador de la noche. Despreocupado por la caída de rocío y carente de necesidad de aplausos y ademanes por sus movimientos. El tipo estaba solo y parecía gozarlo.

Se había terminado el primer cajón de cervezas y se abría el tercer fernet. Las botellas de coca cola y los envases vacíos se depositaban a un costado de modo desprolijo. El dueño de casa recelaba los descuidos del lugar mientras las tres invitadas llegaban con nuevos licores a la noche. La mesa se ampliaba y la música pasaba de un rock tranquilo a cuarteto. Ya eran más de diez incluyendo faldas cortas y escotes pronunciados, pero Gustavo era hipnotizado por una figura totalmente diferente.

Había pasado al menos un cuarto de hora sin novedades del visitante y los juegos de prendas se iban poniendo hot. Ricardo para esa altura habría incluido los elementos del asador *aún calientes* si no fuese por la intervención del dueño de casa.

Entusiasmado por las risas y el licor que ya llegaba al fin de la primera botella, Gustavo olvidó por un instante sus visiones y se reubicó en la realidad más cercana. Y fue en un intento de levantarse para conseguir hielo a pedido de Flor, la más linda de la noche, que el susto le dejó un espasmo por años. La figura estaba de pie a su lado observándolo con la mirada hacia abajo, señalizando con su dedo índice la orden de que se quede en su lugar, que no se levante.

Quédate quieto.

Gustavo se aferró a los apoyabrazos. Fijó su mirada al suelo con su boca entreabierta, abundando el color blanco en su rostro.

No me gusta la gente que me responde, como así tampoco la gente que no actúa. ¿Entiendes?

Gustavo confirmó con la cabeza y flotó sobre una nube de recuerdos de su niñez. Sabía que era el mismo que había aparecido cuando la prima de su abuela se atragantó con una nuez, y murió. Pareció simple.

Yo también detesto a Ricardo. A él y a todos los que se le parecen. ¿No te parece que debería morir? Aquí mismo. ¿No crees que está arruinando la fiesta? ¿No crees que esta noche Flor podría estar contigo? Mira cómo coquetea de mal gusto a las mujeres. Tú eres distinto Gustavo. Tú no te puedes juntar con este tipo de ser. Él debe morir. ¿Qué me dices?

Gustavo no respondió.

Mira, te voy a dar una segunda oportunidad simplemente porque me caes muy simpático. Es muy noble de tu parte no haberme delatado en todo este tiempo y dejarme fumar en paz. Pero no me gusta los que me responden de mala manera, ni mucho menos los que quedan quietecitos sin hacer nada. ¿De acuerdo? Así que preguntaré nuevamente y espero oír de tu parte una respuesta inteligente. ¿Crees que Ricardo debe morir?

Gustavo volvió a confirmar con la cabeza.

Mírame.

Gustavo lo miró y notó que su figura ya no era desagradable, más aún, sus ojos le transmitían seguridad.

La figura le sonrió muy amable. Se le acercó al oído y le susurró por unos segundos.

Gustavo sonrió en silencio con un tono diabólico y miró inmediatamente a Ricardo. Él seguía siendo él pero pronto dejaría de serlo. Con un guiño lo llamó y le indicó que lo acompañe a la cocina. Allí Gustavo le confesó su interés por Florencia y lo incluyó en una sociedad de burdos comentarios y expresiones estúpidas. En definitiva, lo engatusó a Ricardo en su propio juego invitándolo a un retozo detestable. Le pidió que lo acompañe aún más lejos, a donde habían dejado los autos estacionados fuera de la quinta. Le prometió que allí le podría mostrar las prendas que Flor le había regalado hacía unos días cuando se habían encontrado a solas en un motel retirado de la ciudad. Agregó a su discurso que ella estaba comprometida, para hacer de Ricardo una bomba de tiempo en sus habladurías y en las bromas que pensaba hacer al volver al patio de la quinta. Pero jamás regresó. Gustavo tomó del baúl de su auto el extremo de una cuchilla que había reparado ese mismo día, y sin dudar se lo clavó en el estómago de Ricardo. Se la retiró y se la volvió a clavar. Se la retiró nuevamente y repitió el movimiento. Del personaje salió apenas un gemido débil y no atinó más que a sujetarse las heridas. Su muerte era inevitable. Gustavo le propinó obnubilado casi quince puñaladas con una no muy cómoda cuchilla de más de medio metro. Envolvió el cuerpo en unas frazadas sucias y lo metió en el baúl. Al día siguiente pensaría cómo deshacerse de él y cómo limpiar lo que quizás ensucie en su interior. Ingresó a la casa, atravesó el hall, la cocina, el pasillo y llegó hasta el patio. Una verdadera fiesta había dado inicio. Creyó oír que preguntaban por Ricardo. Levantó sus hombros y su labio inferior dando indicios de desconocer su paradero. Olvidó el asunto por un momento, viendo de reojo la satisfacción en la sonrisa de la figura que volvía a sentarse en el pilar de ladrillos con un cigarrillo en la mano, exhalando el humo aún más alto en aires de placer.